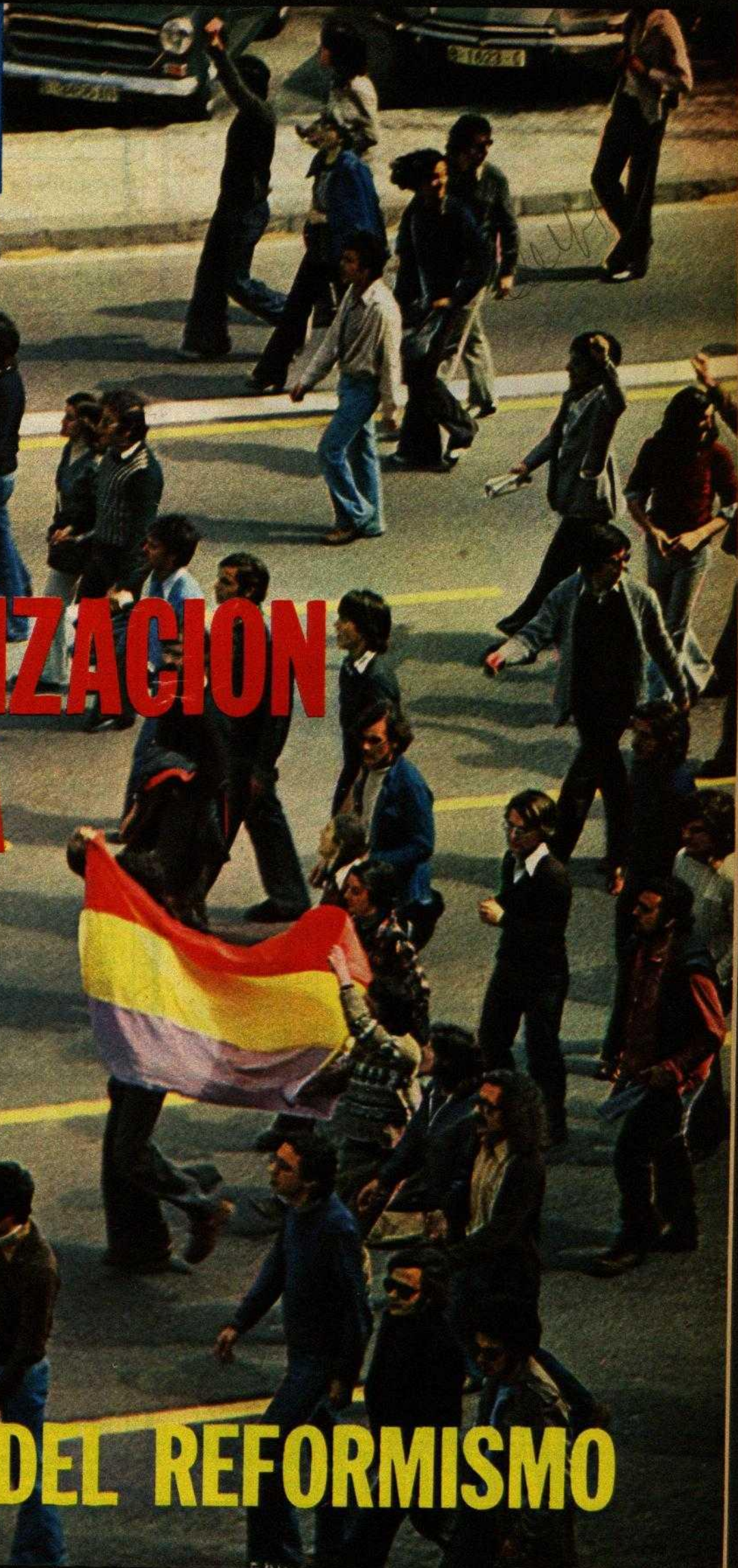


Barcelona, del 8 al 14 de abril de 1976
Número 2.010 - 40 pesetas

DESTINO



RADICALIZACION POLITICA

LA CRISIS DEL REFORMISMO

La crisis del reformismo

El Gobierno ha cambiado rápida, espectacular y arriesgadamente de táctica. Y posiblemente lo único que ha hecho ha sido facilitar la acción del PCE.

Josep Melià

Hace un par de meses, en Santander, dije que para salvar la reforma sería necesario cambiar de Gobierno. La respuesta de Fraga no se ha hecho esperar. Para salvar al Gobierno ha hundido la viabilidad de la reforma.

En una sola semana, dirigentes de la oposición tan calificados como Camacho, Alvarez Dorransoro, Nazario Aguado, Ramón Tamames, Francisco Sauquillo y Juan Antonio Bardem han sido detenidos y empapelados. «Se ha acabado la tolerancia.» Lo dijo Fraga golpeando la mesa de su despacho y lo hemos repetido a coro todos los comentaristas. El Gobierno ha cambiado rápida, espectacular y arriesgadamente su táctica. Y posiblemente se ha equivocado en su decisión. Pero por lo menos ha advertido algo que los líderes de la oposición democrática se niegan a ver y que el propio Gobierno ha obtenido con su lamentable política de errores. Que el Partido Comunista español se ha convertido en el árbitro del cambio democrático en España. Frente a tal arbitraje, consecuentemente, la reforma carece de perspectivas creíbles. El proceso político se coloca en un callejón sin salida momentánea y a expensas de sacudidas y sacrificios de todo orden.

El acierto de la Plata-Junta

A mí, que tengo a gala reconocerme nacionalista, la constitución de la Plata-Junta no me hace ninguna gracia. Pero no creo que se pueda negar la extraordinaria habilidad táctica con la que el PCE ha llegado a establecer tales acuerdos. Ni su acierto, en definitiva, si consideramos el tema en función de los intereses de partido y no en función de unos inexisten-

tes intereses unitarios. La enorme capacidad política de Santiago Carrillo es, evidentemente, extraordinaria. Ningún otro líder, del sistema o de la oposición, puede presumir de haber anticipado tan claramente las líneas del proceso político y de haberlas impuesto a sectores tan heterogéneos.

Creo que tiene un cierto interés, dada la superficialidad con que a veces se describe la historia inmediata, adentrarnos en las fronteras de la maniobra lanzada por Carrillo con vistas al final del franquismo. A fines de 1973 se perfilaron las líneas maestras del «manifiesto proyecto de programa del PCE», que saldría a la luz en el primer trimestre de 1974. Allí estaban los fundamentos. A partir del divorcio entre la sociedad española y el régimen fascista, «el Partido Comunista de España preconiza una *alternativa democrática* que dé a la actual situación una salida, en interés de las masas populares, y facilite, a la vez, una *convergencia* entre las fuerzas de diverso signo interesadas en poner fin a la dictadura, sobre bases muy amplias, que no prejuzguen ni el régimen político ni las transformaciones sociales futuras, dejando estas cuestiones para su solución en un marco democrático. Los puntos esenciales de convergencia posible que el PCE destaca son: 1) Un Gobierno de amplia coalición; 2) Amnistía total para presos y exiliados políticos; 3) Libertades políticas sin ninguna discriminación; 4) Elecciones libres a Cortes Constituyentes que decidan el futuro régimen político de España».

Seis meses después, en París, Calvo Serr, García Trevijano, Vidal Beneyto, el minoritario PSP de Tierno Galván y algunos grupos más firmaban los doce puntos del Manifiesto de la Junta Democrática. Franco estaba a punto de morir y ello precipitó las decisiones. Sobre la coincidencia básica de los doce puntos y el «manifiesto proyecto» no hay la necesidad de extenderse. Se habían impuesto unas líneas y se imponían de forma inamovible. El «colectivo 70» comentaba su texto de esta forma en los «Cuadernos del Ruedo Ibérico» de enero-julio de 1975: «Su modificación está fuera del alcance de quienes a la Junta se adhieran después de la publicación del documento... Sólo cabe la ad-

hesión indiscriminada o la negociación de puertas adentro, sin reflejo ante la opinión pública».

Desde el primer día, la «Junta» se presentó como el monopolio de la legitimidad democrática. «Agrupa a los sectores democráticos más representativos del país —dijo al presentarse en Estrasburgo ante las comunidades europeas en marzo de 1974— Poco después, en abril, lanzó el «Manifiesto de la reconciliación», y allí se definió «no sólo como la plataforma unitaria, sino también como el principio y configuración del poder político del país. Tiene necesidad la sociedad española llegar a definir en términos de acción concepciones de la construcción de la democracia moderna.»

Resumiendo todas estas pretensiones, Carrillo dijo en su famoso libro *Demain*, *pagne*: «El Partido Comunista no busca una legitimidad otorgada, de favor; y la Junta Democrática tampoco cree en una democracia otorgada». Sus objetivos, ciertamente, eran mucho más sutiles. Contaban en hacer que el PCE adquiriera respetabilidad democrática, en contribuir seriamente y decididamente a la consecución de libertades, en evitar que fuera imposible una democracia sin contar con ellos, y, fin de cuentas, en que su posible tolerancia no fuera consecuencia de un acto de generosidad, sino un reconocimiento de su papel decisivo en el cambio histórico. Todo esto, como es natural, difícilmente se habría conseguido sólo a través de la táctica. De ahí que a medida que el PCE ganó la batalla de la credibilidad democrática insistiera en acercarse a socialistas y democristianos. Porque sólo así entendía que sus objetivos se podrían alcanzar de forma decidida. Es más, de no haberse pasado a la plataforma unitaria, el PCE habría tenido que disolver la Junta.

Las estrategias de Carrillo

Un anticomunismo torpe y visceral presenta todas estas escaramuzas tácticas como un simple juego de oportunismo. La oposición democrática del carrillismo, en consecuencia, sería insincera y coyuntural, simple pretexto para apoderarse del poder y destruir el pluralismo. No lo es, yo así. Y la prueba de que no es tan fácil dejarse llevar por argumentos simplistas es que, paradójicamente, los ataques a la línea carrillista son más duros y fundamentados en el exilio que en el interior del país. Nunca, en la España franquista, se ha publicado un trabajo tan contundente contra Carrillo como el de Carr Semprún Maura, *¿Quién es y qué pretende verdaderamente Santiago Carrillo?*, publicado por «El viejo topo» en París. Pero la cosa es mucho más variada. Enrique Lister, que dirige un llamado Partido Comunista Obrero Español, de clara dependencia moscovita, ha dicho que Carrillo era asesino y que depuraba su partido enviándolo a sus cuadros a misiones clandestinas en España y denunciando su situación a la Guardia Civil para que fueran eliminados. Los «Cuadernos del Ruedo Ibérico» en este mismo orden de cosas, son hoy los portavoces de la pureza leninista traicionada por el secretario general del PCE. Para Fernando Lara, por ejemplo, la Junta Democrática queda reducida a esta simple cuestión: «Lenin ha muerto». Y Felipe Carrillo escribe en un artículo titulado «Aproximación al mundo político de Santiago Carrillo»: «Las coordenadas utópicas en que vivió Carrillo el pasado, el presente y futuro de la sociedad española, la au-

ciación de la opinión pública se produce a través de los sectores del poder. El argumento es que el PCE no pretende hoy acercarnos a las libertades políticas formales sin reforzar su posición en el ámbito de una "oposición franquista" sin influencia directa alguna sobre la evolución política de la sociedad española, pero con cuyas fuerzas jugará Carrillo las partidas de ajedrez de un posfranquismo inevitable —y por ello fundamentalmente distinto del franquismo— con un partido dócil que permita manipular a las clases dominadas.

En esta línea de propósitos, el PCE de Lister había ya publicado en enero de 1974 un documento posicional en el que acusaba a Carrillo de propiciar una plataforma oportunista-revisionista de corte antisoviético. «Tal es —se concluía— el papel escisionista que juega el partido carrillista en el movimiento comunista internacional.»

El oportunismo que se le achaca a Carrillo al censurarle sus prisas por regresar a España e integrarse en la legalidad se debe a la frágil posición de su línea política, sólo mantenible independientemente frente a Moscú en el momento que logre aliarla con la de Berlinguer y transformarla en éxitos electorales. La estrategia del PCE está en función de eso que se ha dado en llamar el eurocomunismo. Por eso escribe Carlos Semprún Maura que «si Carrillo se acerca a pasos agigantados al franquismo, el franquismo no tiene la menor intención de acercarse a Carrillo...», aunque... es posible que el franquismo en su etapa próxima futura pudiera sacar provecho de las ofertas de Carrillo a ser algo así como un ama de llaves, o la perso-

na encargada de sacar el perro a pasear, es posible, sí, pero es seguro que las rechazará».

Los aciertos de Carrillo consisten en haber sabido ser fiel a este propósito básico y haber jugado tan fuerte como ha sabido, incluso a costa de ceder por primera vez en muchos años ante las peticiones del PSOE y sus planteamientos de cara a un reforzamiento del carácter central de dicho partido en el esquema socialista del Estado español, para conseguir galvanizar en torno a su PCE a fuerzas democráticas de muy distinto signo y condicionar la aceptación del reformismo a la admisión de los comunistas en la legalidad. Es un acierto, también, desde su punto de vista, haber sabido tender constantes cebos al sistema para prolongar el martirio de sus militantes y forzar la solidaridad de los demócratas españoles, con quienes eran objeto de discriminación a la hora de la tolerancia o la libertad de expresión. Pero sus errores, que también los tienen, consiste en que al forzar la jugada no ha dejado ninguna salida franca más que la que él mismo define. Y, sobre todo, determinados maximalismos, como ciertas alusiones a la Monarquía que revelan, por lo menos, un desconocimiento de la identificación del Ejército con el Rey. En este sentido, la tesis de la «autoeliminación de la Monarquía» contenida en el «Manifiesto proyecto» es literalmente suicida, de la misma forma que su creencia de que la guerra del Sáhara podía favorecer a la UDM no era más que un mimetismo portugués sin demasiada base. Cuando Carrillo presenta la unión entre la Junta y la Plata-

forma como una demostración de que «la alternativa democrática es más fuerte potencialmente que la perspectiva de recomposición oligárquica, de derecha, con un matiz u otro, en torno a Juan Carlos», coloca sus baterías contra la Corona y, en definitiva, contra el Ejército. Con lo cual, sus muchos aciertos se pueden convertir en un «impasse» general para que la política desacreditizante alcance credibilidad y resultados prácticos, pero difícilmente aporte una salida a una situación cada día más deteriorada.

La represión y el centrismo

Fue la valoración de este posible exceso, y su contradicción con puntos no negociables, las que determinaron a Fraga a impedir la divulgación del acuerdo de Coordinación Democrática y la detención de algunos de sus promotores. Fraga ha insistido mucho en la imposibilidad de que el PCE sea autorizado de momento. Y no habla por hablar. La exclusión del PCE es uno de los consejos de mister Kissinger en la misma línea de los acuerdos militares hispano-norteamericanos. Y a muchos de los gobiernos europeos esta exclusión les parece maravillosa, aunque digan lo contrario. Incluso se lo han hecho saber al Gobierno español. USA y la URSS, por paradójico que parezca y por razones muy diferentes, quieren anular a Carrillo. Los americanos porque temen que la política del compromiso histórico permita obtener un tipo de socialismo en libertad en el sur de Europa en la próxima década. Los rusos, porque si triunfa la línea Berlinguer-Carrillo-Marchais, aunque este último ha llegado de mala gana a la troika y por oportunismo, el crédito de la línea leninista, de los «peces» como vanguardia de la clase obrera, y el dogma de la dictadura del proletariado, sufrirán un hachazo irreversible. Los americanos han realizado una labor de persuasión sobre la clase militar española, convenciéndoles de que la Monarquía necesita una base democrática para mantenerse, pero que el interés de Occidente exige la exclusión del PCE. Kissinger, en sus sueños, querría repetir el modelo de la creación de la República Federal Alemana. E incluso, con un gran sentido pragmático, mientras desayunaba con Fraga y Arellano y oía las explicaciones del programa reformista, se atrevió a preguntar: «¿Bueno, pero dónde está el partido que va a ganar las elecciones?».

A la creación de este partido, y a posibilitarle el triunfo desde el poder, ha dedicado Fraga una buena parte de su estrategia. Con nulo éxito hasta ahora, esa es la verdad. Fraga había hecho su cuadro. Dejaba a los ultras del franquismo en la extrema derecha, empujaba a la democracia cristiana hacia la derecha, creaba un centro con los liberales, los aperturistas y algunos socialdemócratas; toleraba una izquierda socialista marxista y dejaba a los comunistas en la extrema izquierda y fuera de la ley.

La razón de esta estrategia, amén de los condicionamientos imponderables a que ya he hecho mención, no es otra que la fortaleza de los grupos extremos en comparación con la debilidad de las fuerzas más moderadas. El reformismo quería favorecer la estabilidad política y el neocapitalismo, evitando el papel catalizador de los sectores con mayor proclividad a reabrir el cisma de la guerra civil. De ahí que para anular al «bunker» tuviera que insistir en la ilegalidad del PCE. Y que para potenciar a democristianos y socialistas tuviera que darles una prima de salida en la ba-



talla electoral. Pensando siempre, además, que sus propios partidarios eran los que debían salir triunfadores de esta situación.

Todo este juego se les ha desmoronado a los reformistas con el reforzamiento del «bunker» y la habilidad de los comunistas para unir a la izquierda. De ahí que se haya puesto de relieve el papel de Ruiz Giménez en este equilibrio inestable y el empeño del PCE para mantener a los católicos ligados a su suerte, porque sólo ello evita la identificación entre la Plata-Junta y el Frente Popular. Lo cual, en resumidas cuentas, no haría sino potenciar al otro lado la idea del Frente Nacional del señor Fernández de la Mora. Y a partir de esta nueva escisión de las dos Españas, lo que ustedes quieran.

El centrismo, percatado de que las cosas se ponían feas, no ha dudado en reabrir la represión, porque le va en ello la vida, y en alguna medida también se siente responsable de la necesidad de evitar una nueva dictadura. No es casual, porque ello pertenece a los reflejos clásicos del franquismo, que todo ello haya coincidido con el viaje de los Reyes a Andalucía y con el éxito innegable que allí obtuvieron. El reformismo corre el peligro de pasarse otra vez, desde luego. Porque ahora, ni más ni menos, va a tratar de exhibir como respaldo a su política el aplauso de cientos de miles de personas que han vitoreado a Juan Carlos y Sofía. Con el peligro cada vez mayor de que las tensiones políticas ideológicas se vayan desplazando a un dilema Monarquía-República. El rigor de la ley y el enfrentamiento formal con una institución a la que algunos sectores moderados no querían plantar cara de forma directa es lo único que ya les queda a los reformistas antes de que las dos alternativas que se mueven frente a ellos, los ultras y los platajunteros, logren devorarlos. Por eso el centrismo insiste en que la libertad ha de venir de la mano de la Monarquía y no contra ella; ha de ser el motivo de su estabilidad y reconocimiento y no el precio para su aceptación.

Manifestaciones y congresos

En la crónica del fin de semana, por todas estas cosas, destaca la importancia

de las manifestaciones previstas y desautorizadas. La de los partidarios de la amnistía llegó, pese a todo, a convocar algunos miles de personas, jóvenes fundamentalmente. Creo que en materia de orden público, entre que llovía, que Ruiz Giménez había dicho que acataba la prohibición y no se sumaría a ella y el temor de que los grupos ultras pudieran salir a la calle, su importancia no es demasiado destacada. En el terreno político, en cambio, ofrece pistas considerables. En el hecho, por ejemplo, de que los grupos comunistas muestren una mayor necesidad de llegar hasta el final en estas cuestiones y en el interés de las fuerzas del orden por hablar de desmanes, destrozos y comportamientos no pacíficos. Pero lo innegable, a fin de cuentas, es que a los comunistas les salen mejor las cosas que a los centristas-reformistas. Les detienen, sí, pero consiguen arrastrar a todas las fuerzas democráticas con organización a nivel del Estado español.

La sorpresa del grupo gil-roblista, por ejemplo, ha sido mayúscula, aunque yo no sabría si cargarla en el capítulo de aciertos del PCE o en el de errores del Gobierno. Porque si para mí hay una cosa clara es que han sido los reformistas los que con su timidez, sus hipotecas, y su obsesión por el tema del PCE han hecho imposible que la Monarquía hiciera su programa de reformas. Pero en cualquier caso, ahora la oposición ya tiene su pacto de San Sebastián. Y el Gobierno tendrá que pensarse las cosas dos veces. Después de lo ocurrido en los congresos de Sangarcía y San Lorenzo del Escorial, la situación se ha complicado un tanto. El Gobierno no está todavía a los pies de los caballos. Pero sus ofertas no valdrán de nada si la oposición unida decide no aceptarlas. Si abusa de la represión para tratar de deshacer tal solidaridad puede encontrarse no sólo con un fracaso de sus proyectos, sino que un elemental sentido de solidaridad coloque perfectamente alineados con los comunistas a grupos que están llamados a ser anticomunistas declarados. Será cuestión de que todo el mundo revise sus errores, desde luego. Pero Fraga el primero, puesto que aparece como el martillo de herejes encargado de anatematizar una y otra vez contra la ruptura. Porque o bien se produce un pacto entre la oposición y el Gobierno, y el Ejército lo respalda, o esto puede acabar muy mal. ■

Sin dilaciones

Ha pasado un mes desde que el periodista José Antonio Martínez Soler, director de «Doblón», fue secuestrado a punta de metralleta y torturado metódica y despiadadamente.

Durante este largo periodo ningún sospechoso ha sido detenido y no tenemos indicios de que la policía haya identificado a sus torturadores. Y lo que es más grave, uno de éstos ha podido permitirse el lujo de comunicarse telefónicamente con Martínez Soler para conminarle a abandonar el país bajo amenaza de muerte.

No dudamos de la buena voluntad ni de la diligencia profesional de la policía, y agradecemos la protección que tanto ésta como la Guardia Civil están prestando a nuestro compañero y a su mujer. Todo ello, sin embargo, no nos impide expresar nuestra seria preocupación por estimar que José Antonio Martínez Soler sólo estará de verdad protegido cuando sean detenidos los terroristas que le torturaron.

Mientras estos delincuentes tan perfectamente organizados, equipados y armados permanezcan en el anonimato, los profesionales del periodismo no podremos cumplir con un mínimo de seguridad y eficacia la función que la sociedad exige de nosotros.

Por ello, los firmantes de este editorial creemos que es nuestro deber llamar la atención de los poderes públicos sobre las graves consecuencias que pueden desprenderse de la impunidad de estos hechos. Es imposible una convivencia pacífica entre los españoles y una sociedad sana si los periodistas estamos sometidos no sólo a múltiples jurisdicciones especiales, sino también al brutal chantaje de estos grupos incontrolados. Que los poderes públicos los controlen y, sobre todo, que los desmonten y hagan llegar a los tribunales es un imperativo.



DESTINO

Boletín de suscripción

Si le interesa recibir el semanario en su domicilio recorte este boletín y mándelo debidamente cumplimentado a esta Administración: Consejo de Ciento, 425, 5.ª planta. Barcelona-9.

DON
CALLE número piso puerta
DE

se suscribe a DESTINO cuya suscripción pagará en cuotas:

TRIMESTRALES	364 pesetas
SEMESTRALES	728 pesetas
ANUALES	1.456 pesetas

Las suscripciones para el extranjero serán recargadas con el importe del franqueo correspondiente a cada país y deberán ser como mínimo anuales.

..... de de 19.....

La oligocracia

García-Trevijano y otros señores sostienen
que nunca hemos sido una dictadura,
sino que hemos sido y somos una oligocracia.

Francisco Umbral

Lo ha dicho García-Trevijano. Se lo ha dicho a mi amigo Vicent en «Hermano Lobo» y lo ha repetido en otros sitios: «Esto no es una democracia, ni una dictadura. Esto es una oligocracia».

Luego, un viejo y prestigioso amigo periodista, en una comida, me ampliaba el concepto: «Oligocracia ha sido siempre, más que dictocracia».

O sea, que llevamos cuarenta años de oligocracia, según estos señores. Yo creo que más que una oligocracia es una oligofrenia, pero eso son cosas mías, como diría Coll. ¿Y qué es una oligocracia, en qué se parece y en qué se diferencia de una oligarquía? Bueno, la oligocracia es una oligarquía que manda. La cosa parece así de simple, en principio, pero lo característico del intelectual es el matiz, y yo soy un intelectual.

De modo que vamos a matizar. La oligocracia madrileña de hoy, que es la que tengo más a mano, es una oligocracia que no compra el «Arriba», que se afeita con máquina eléctrica de cabezas flotantes, aunque yo también me afeito con cabezas flotantes y no soy una oligocracia. La oligocracia, aparte de afeitarse con cabezas flotantes, siempre está en peligro de que le floten las cabezas, si el pueblo se decide a cortárselas, que no se decide, porque el pueblo es más bueno que el pan.

A la oligocracia, que no es sólo una cosa española, claro, le da lo mismo llamarse María Isabel Estela Martínez de Perón que general Pinochet. La oligocracia lo mismo puede tener faldas que botas de montar, porque la oligocracia, por principio, es una cosa asezuada, como los ángeles de Trento, y pone el cazo cuando vienen los de la Lockheed con «pastizara» para el soborno de los aviones, o pone las manitas juntas y en oración cuando vienen los lópeces con el neo-Opus.

La oligocracia está a todas.
Pero sobre todo está a salvar su «pasta» y a mandar, claro. La oligocracia defiende el divorcio por dinero, que así sólo se divorcian ellos, defiende la fabricación de coches cuando ya no caben más, porque entonces ellos se van a su campo de golf a refrescar las pe-

lotitas, la oligocracia sale a veces en el «Ho-
la» y una vez tomó el té con la reina de In-
glaterra.

La oligocracia dice que los periodistas son unos muertos de hambre y unos entrometidos, que lo único que quieren es publicar las listas de contribuyentes, por puro afán sensacionalista, por mero amarillismo (culto de la prensa amarilla o de escándalo). A la oligocracia no le gusta el amarillismo, pero tampoco es que le guste demasiado el azul, sino que lo soporta elegantemente, con un batido de jerez y quina en la mano. La oligocracia madrileña está pensando la manera de buscarle las vueltas al rey y a Felipe González al mismo tiempo.

Todavía hay falangistas, demócratacristia-
 nos y otras gentes que le hacen el juego a la
 oligocracia, sabiéndolo o sin saberlo, y les
 proporcionan una mística y una doctrina a
 los oligarcas, que sólo quieren unos dividen-
 dos. Don Federico Silva Muñoz se pregunta
 que adónde vamos y don Vicente Gállego de-
 nuncia la corrupción ambiente, pero a la oli-
 gocracia no le molesta nada de esto — como
 no les molestan mis artículos ni los de na-
 die —, porque encima son liberales, han leído
 a Ortega y saben que el marxismo es una de
 las bellas artes.

O así lo creen ellos, vamos.

La oligocracia va a la tribuna del Real Madrid, algunas tardes toma el té en Embassy, de la Castellana, que es un sitio que está entre Proust y Visconti, con algo de González Ruano, y habla de democracia como de botánica, porque le divierte la catalogación de las especies políticas, siempre que las flores, las semillas, los claveles rojos y los gladiolos no se escapen del invernadero y salgan a hacer la revolución pendiente y a alfonbrar de claveles la Gran Vía, como en el chotis.

Mientras tanto se habla de reformar la Ley de Sucesión, que es buen tema para la hora del vermut, mientras te tomas el whisky con almendritas en Valmoral y filtras rumores de la última reunión de la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional. La oligocracia le ha repudiado a Solís la Ley de Relaciones Laborales y se alegra con la buena marcha de Reagan en la campaña electoral estadounidense, porque Reagan es todo un galán oligocrático. De pronto, la ETA secuestra un oligócrata, pero la vida sigue. La gente sigue hablando de partidos políticos como de la cosecha del lúpulo de dentro de cinco años, cuando la verdad es que los partidos están ahí, aquí, en la calle, y la oligocracia llora en la Bolsa lágrimas de cocodrilo bien educado.

Somos una oligocracia y poco más que eso, pero da vergüenza hasta escribirlo. ■

